

tante en la hora presente: se trata de terminar la gran obra de la integración humana y de la armonización definitiva del mundo terrestre. «La edad de oro del género humano—dice Saint-Simón—no está detrás de nosotros, está delante; consiste en la perfección del orden social; nuestros padres no la han visto, nuestros hijos llegarán a ella un día; a nosotros corresponde trazar el camino».

Y llegaremos, *integrando en nosotros la humanidad*, cultivando, desarrollando completamente nuestra naturaleza, elevándonos moralmente, educándonos respecto de todo lo que constituye la nobleza, la grandeza y la dignidad de la vida.

Tal es la misión de la moral—misión mayor y cardinal—de guiar nuestra acción, sobre nosotros mismos y sobre el mundo, de servirnos de brújula, recordándonos incesantemente la verdad de este aforismo altanero y luminoso de Jacoby, de que la aberración nietzscheana no es sino una desviación mal equilibrada: «Los hombres descienden de los animales y están destinados a convertirse en dioses»; pero añadiremos por nuestra parte: Dioses benévolos, generosos y piadosos, dioses clementes y *humanos*, cerca de los cuales el *Übermensch* de Nietzsche aparezca como un bárbaro embriagado.

PAUL GILLE

La Revolución

La idea del ternario sagrado: Libertad, Igualdad, Fraternidad, se perdió pronto en los campos arrasados y en las ciudades tomadas por asalto.

Juzgamos utilísimas las siguientes consideraciones, y oportunas, además, para aplicarlas a la fecha del 14 de Julio. Con ellas tienen base nuestros lectores para reflexionar sobre la esencia y el ideal de la Revolución.

El conjunto de los acontecimientos que ocurrieron en Francia al final del siglo XVIII y que recibió por antonomasia el nombre de «Revolución francesa», no podía elevar a plena realización más que las ideas completamente maduras. El ideal no se convierte en obras sino después de haberse hecho consciente, después de haber sido ardientemente querido, preparado, comprado por el sacrificio de numerosas víctimas voluntarias. Esto sentado, en ese mundo de sentimientos, de pensamientos y de imaginaciones que se agitó durante el siglo de la Enciclopedia, ¿cuál fué la dominante que se desprendió y tomó un carácter imperioso sin dejar subsistente la menor duda? Esta idea dominante está resumida en el famoso folleto de Sieyès

El Tercer Estado, el «tercero», es decir, la burguesía, que es todo y, sin embargo, era considerada como nada. Hasta por definición, el Tercer Estado debía ser, aparte de la nobleza y del clero, el conjunto de la nación, lo mismo el pueblo de los campesinos y de los obreros, que las gentes instruídas o ricas que sólo difieren de los nobles por la falta de un árbol genealógico en sus archivos de familia. Pero los que reivindicaron sus derechos de hombres, los que se llamaron con insistencia los iguales de los nobles y de los curas, fueron los burgueses propiamente dichos, los que constituyen la clase de los propietarios, de los jefes de industria y de los letrados.

No hay duda que la lamentable población de los pobres, los campesinos esquilmados por el impuesto y la gabela, los viejos que se arrastraban inclinados sobre el surco, los infelices demacrados en quienes el polvo mezclado con el sudor formaba concha, y que en tiempo de escases comían pan de cortezas de árboles, todos esos